

== LA ==

SUPREMA VOCACION

— POR —

JORGE A. MILLER



COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

SANTIAGO

Imp. Siglo XX - Sto. Domingo 684.

1921

22240



NOV 12 7 1973
1972

LA SUPREMA VOCACIÓN

TABLA DE MATERIAS

- I. La Tierra de Promisión.
- II. El Hambre de Verdad.
- III. En Busca de Hombres.
- IV. El Profeta Moderno.
- V. La Victoria del Espíritu.
- VI. El Espíritu de San Juan.
- VII. El Triunfo de San Pablo.
- VIII. ¿Qué es la Espiritualidad?
- IX. El Llamamiento a Predicar.
- X. La Disciplina de las Ocupaciones Penosas.
- XI. - En los Negocios del Maestro.
- XII. La Dirección del Servicio.
- XIII. El Pastor como Administrador.



I. LA TIERRA DE PROMISION

La historia de la raza humana es la historia del desarrollo de los sucesivos impulsos morales y espirituales de las vidas de los hombres, en las diferentes etapas del progreso humano. Los grandes movimientos sociales son siempre el resultado de grandes fuerzas del espíritu, desarrolladas y dirigidas hacia la conquista de supremos ideales.

Las naciones de la América latina ofrecen hoy día a la mente del observador, uno de los fenómenos más fascinadores de toda la historia humana: —la respuesta de un pueblo vigoroso a un nuevo y supremo impulso social, en medio de un ambiente adventicio.

Nuevas fuerzas intelectuales y espirituales están conmoviendo el corazón y despertando la inteligencia de una nueva raza que se está formando sobre el continente latino americano.

Dentro de los trópicos estas nuevas fuerzas marchan todavía con lentitud. Entre los indígenas de las altas Cordilleras, el progreso no es todavía rápido; pero Méjico promete un poderoso desarrollo, en un futuro próximo, y la zona templada del sur, con sus vastos recursos naturales y su benigno clima, promete ser el teatro propicio para el desarrollo de una de las más vigorosas razas de la tierra.

Aquí encontramos muchos de los elementos de la pasada grandeza de la raza. Sus tradiciones históricas tienden al resurgimiento de la gloria de la antigüedad clásica. Re-

cursos físicos, no superados por ninguna otra región del globo, esperan al ingeniero y al director de las grandes empresas. Un espíritu de viril energía, fuertes impulsos de expansión comercial e industrial, y una vida intelectual potente y de rápido desarrollo, indican algunos de los múltiples factores que definen la actual situación. Hay abundantes razones para creer que, a fines del presente siglo, estas regiones templadas del sur serán habitadas por los pueblos latinos más numerosos y progresistas del mundo. La mezcla de sangre que se opera, actualmente, en algunas partes de esta privilegiada región, promete producir un compuesto latino un tanto análogo al producido por la mezcla anglo-sajona del norte. Los elementos de semejante fusión están

a la mano y el proceso evolutivo de la nueva raza hállase ya bastante adelantado.

«Los elementos todos de un imperio hállanse aquí como en estado plástico; y el caos ardiente de un potente mundo toma debida forma.»

Este joven gigante latino del hemisferio austral está llamado a ser factor de gran importancia en los próximos acontecimientos mundiales. El desarrollo político puede ser según las unidades de la organización nacional presente; pero en los grandes movimientos sociales del mundo se hará sentir la influencia de la raza latina del occidente, como uno de los principales factores en las reclamaciones mundiales, junto con la raza mongola, la indú, la rusa, los pueblos del levante, el africano y el norte-ameri-

los
a de
ricas
glo-
Re-

cano. Los problemas de la dirección, intensidad, y extensión de este desarrollo de la raza latina, no tienen relación simplemente con la América latina, sino con los destinos de todo el género humano.

El resultado final de esta nueva fusión de la humanidad dependerá de los factores industriales e intelectuales que se arrojen en el crisol. Lo que ha de ser en definitiva este nuevo tipo social, no está aún, en manera alguna, determinado. Cambio y movimiento, descontento y nuevos arreglos se observan por doquiera. Mucho importa al mundo entero saber qué género de civilización se ha de producir, bajo las condiciones sociales reformistas de la América latina.





II. EL HAMBRE DE VERDAD

En una época como la presente, de descontento universal, la América latina contribuye con su parte de desasosiego en sus diversas clases sociales. Existe el descontento del trabajador ignorante y hambriento, cuya inquieta miseria, azuzada por influencias siniestras, destacadas del bolshevismo y la anarquía europeos, arde en voraces ansias de revolución industrial. Ni los funcionarios del gobierno, ni los guías morales pueden ignorar, por más tiempo, la extensión e importancia de este desasosiego que cunde entre el pueblo, en general, en la América latina. Para poner remedio

a esta situación, los gobiernos, las organizaciones industriales, los procesos educacionales, la elevación moral y la redención espiritual deben combinarse. Pero el factor final para la solución de todo problema social, es un factor espiritual, y la iglesia que es digna de representar al Varón de Galilea y de proclamar el evangelio de la justicia social, de la oportunidad económica, de la elevación educacional y de la redención espiritual, debe adquirir pronto y adecuado conocimiento de los factores y de las fuerzas sociales que obran en la América latina hoy día. Sin la dirección inteligente y eficaz de los hombres que siguen a Jesu-Cristo, más bien que a una gerarquía espiritual, no hay camino transitable que nos saque de este árido desierto. Solamente los

profetas espirituales modernos pueden indicar el camino que conduce a la realización de los encantadores ideales de un mundo mejor. Aquel que espera ese mejoramiento, pero aborda los problemas sociales sin contar con el indispensable agente de la dirección moral y espiritual del mundo, tendrá un amargo despertar, al ver cómo se disipan sus ensueños, delirios y utopías.

Existe otro descontento, no tan ruidoso en sus manifestaciones, pero altamente significativo en su desarrollo. Las mentes pensadoras de la América latina están perturbadas. La corriente de la vida intelectual produce la espuma del descontento y se ve con frecuencia enlodada con los oscuros factores de la desesperación, bajo el orden social existente. Algo



hay de malo en el mundo. Algo hay de malo en la América latina; los corazones están hambrientos y las mentes están perplejas. Óyense por todas partes voces, en conflicto y contradicción, a veces; o bien, clamando en el silencio de la noche por el advenimiento de más venturosos días. Conviene escuchar algunas de estas voces, porque ellas nos indican que, en medio de estas arremolinadas corrientes de una vida desasosegada, hay hombres que comprenden con perfecta lucidez la necesidad de un mundo mejor, y conocen bastante bien algunos de los factores esenciales presentes, para resolver los problemas de la reconstrucción.

Por doquier nos encontramos con hombres pensadores, que no vacilan en proclamar esta gran verdad: que

las causas determinantes de los actuales pavorosos problemas sociales son espirituales. El factor final debe ser siempre el elemento moral. Nada menos que una autoridad tan indiscutible como la del Dr. Joaquín V. González, dice en discusión reciente, acerca de las condiciones sociales de la hora actual: «Cada día me convengo más del acierto de la tesis que, siendo la actual situación de inquietud social, en la mayor parte del mundo civilizado, un “estado de alma”, debe buscar en el dominio espiritual las fuerzas de convencimiento y la concurrencia al objetivo supremo de fundar la paz o crear el espíritu de conciliación, tolerancia e inteligencia entre los partidos beligerantes.» Tales conceptos emanados de tal fuente, indican que un espíritu de discernimiento está obran-

do entre los guías espirituales de la raza.

Hemos aprendido, una vez más, en la historia la lección dada por una civilización magnífica, intelectual y materialmente, que se olvidó del Nazareno y de la regla de oro y de la fraternidad humana, comprometiendo al mundo en el espantoso desastre de su caída. Algo más importante que todo desarrollo material, son las conciencias libres y la fe viva y la justicia social. Escuchad a P. Víctor Van Tricht que dice: «En la Iglesia edificada por sus divinas manos, Jesu-Cristo quiere formar una raza elegida, un núcleo de predilección, un pueblo de perfectos. A éstos no les basta la simple vida cristiana: tienen que abrazarla en toda su delicadeza; no les basta el deber y la ley, Jesu-Cristo

les exige la perfección de la ley y del deber..... Venid, les dice, y seguidme.

«Mientras duren los siglos vereis germinar esa raza, la raza de los pobres por amor. En los desiertos de la Tebaida, en las grutas de Palestina, a la sombra de los palacios de Roma, tras los muros de nuestras viejas abadías, en los campos y en las ciudades, en todas partes la vereis nacer, crecer, florecer y producir su fruto...»

El mismo autor, si bien no acierta a reconocer las extensas proyecciones que implica la demanda de la justicia social, afirma, sin embargo, que en los Cuatro Evangelios se encuentran los fundamentos de todos los derechos humanos del trabajo. Así dice:

«El obrero es de Dios. El Evangelio es el libro del obrero, y no solamente el Evangelio, sino también todo el

Nuevo Testamento, que, desde hace mil novecientos veinte años, nutre a las almas de esperanza y de amor.

«¿Qué es el Evangelio sino la predicación viva de ese obrero llamado Jesu-Cristo? ¿No es éste el carpintero? ¿No es éste el hijo del carpintero?

«Buscad las firmas al pie de esas páginas... Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pedro, Pablo, Santiago, Judas, Tadeo..., obreros, y un ínfimo empleado de aduana, Mateo.

«Por más que los busque, no hallo entre ellos más que dos letrados: Pablo y Lucas. Pero aún éstos no dejan, por eso, de tener un oficio que endurece las manos: Pablo hace tiendas y velas de navío. Lucas es un médico de Antioquía, y sabéis el rango de los empíricos de aquellos tiempos. ¡Oh, sí! acudamos al Evangelio... es el libro

del obrero, del pequeño, del débil, del pobre...

«¡La ley religiosa! Ahí, ahí está la salvación del obrero, la salvación de la sociedad entera. Si nuestro pobre mundo tiembla en sus bases, es por haberse apartado de ella.

«¿Qué cosa estable podría hacerse sin la religión? ¿Se cree que servirían de gran cosa las teorías filosóficas acerca del orden social?»

Que ninguna solución satisfactoria o permanente de los problemas sociales es posible, sin la perspectiva de los dos mundos y el impulso de las fuerzas eternas, fué discernido claramente, nada menos que por un pensador como Víctor Hugo, latino, quien expresó la convicción de su corazón ardiente, palpitante de simpatía hacia una humanidad pisoteada, con estas

palabras: «Dad al pueblo que trabaja y sufre, dad al pueblo, para quien es tan malo este mundo, la creencia en un mundo mejor, hecho para él. Y permanecerá tranquilo, y será paciente. La paciencia es hija de la esperanza. Sembrad el Evangelio en los pueblos».

No existe movimiento más importante, en todo el mundo intelectual latino, que aquel que consiga llevar al seno de la sociedad la plena convicción de que la salvación final en los problemas sociales, en las injusticias industriales y en la oscuridad intelectual, no está en los detalles de los infinitos experimentos de reorganización social, sino en la adopción del Evangelio social de Jesu-Cristo y en la aceptación de Cristo como el guía de toda vida humana. Constancio C. Vi-

gil, persona no muy estrechamente identificada con los movimientos religiosos, pero de muy fino discernimiento, dice: «Muchos hay que tienen sed, y no saben a dónde irán a beber el agua pura del amor y la justicia. Decid a los sedientos de toda condición, que se incorporen a aquellas multitudes que seguían a Jesús y renovadas sin cesar lo siguen todavía».

La demanda de justicia social vibra como una campana vespertina a través de las palabras de este pensador, cuando dice:

«El propietario de las casas inmundas, donde los niños languidecen, privados de sol y de aire puro y tienen por pradera húmedas losas, da una suma de dinero para combatir el alcoholismo y la tuberculosis. ¡He aquí vuestra caridad!

«La verdadera caridad quiere que aquella madre viva en salud y en honra, críe a su hijo con la doble dulzura de su seno y corazón.

«Que el hombre que trabaja sea pagado con equidad, durante toda su vida y acompañado por los buenos al bien.

«Que el propietario de las casas inundadas no especule con la salud de sus semejantes.

«Cierto es que a Jesús lo crucificasteis y lo tenéis crucificado con los clavos de vuestros egoísmos; pero, al cabo, tendréis que descolgarlo y dejarlo vivir entre vosotros.

«Alumbráis los templos y os prosternáis ante las imágenes. Alumbrad vuestra conciencia. Arrodillaos ante las víctimas de vuestra perversidad.

«Lloráis a Jesús; mas no le conocéis; pues si le conociérais sabríais que el Redentor vive. Lloráos a vosotros mismos; ablandad en lágrimas vuestro propio corazón. Todo lo puede el amor y él es quien ha de mejorar la vida.»





III. EN BUSCA DE HOMBRES

Encontramos en nuestro derredor estos elementos de desasosiego y descontento. Oímos las voces confusas de pretendidos caudillos que dicen: «Hélo aquí, o hélo allí», pero ninguno hay que pueda, ciertamente, señalar-nos el camino. Pobreza, ignorancia, enfermedad, vicios personales, crímenes sociales. ¿Dónde encontraremos el remedio?

Robustos pensadores latinos reconocen honradamente y describen fiel-

mente estas condiciones. Joaquín Edwards Bello, en «El Roto», traza un cuadro tétrico, pero valeroso, de los padecimientos de los socialmente sumergidos en el fango, y hace un noble alegato en pro de las clases más bajas de la abominación latina.

Pero el problema permanece. ¿Quién va a sacarnos de este desierto para conducirnos a la tierra prometida que anhelamos? Puesto que los fundamentos eternos de la vida son espirituales, síguese de aquí que son caudillos espirituales, de sobresaliente habilidad, con clara visión y divina comisión, los que se necesitan para que nos muestren el camino. La América latina necesita estadistas profesores, ingenieros y población en los lugares deshabitados, pero la más transcendental de todas las necesidades es

la de profetas modernos del Señor Dios. Sin predicadores de la justicia, eficientes e inspirados, toda la gloria y la fuerza de esta brillante tierra de promisión, será contada, al fin, con Nínive y Tiro, entre las naciones desechadas, porque se olvidaron de Dios.

La suprema necesidad de la América latina, hoy día, es la de más predicadores eficaces del Evangelio de Jesu-Cristo. No hacen falta voces que proclamen algo. Agitadores hay que claman, a voces, en las esquinas de las calles. Hay guías sociales con doctrinas extrañas. Hay sacerdotes ensotados, que mascullan fórmulas ritualistas ante dorados altares; hay periodistas que publican artículos, en los que mezclan lo bueno y lo malo. Alta y erguida tremola su enseña la iglesia establecida, que proclama una fe ra-

quítica con mezcla de superstición y sacerdotalismo. Desde que la historia moderna escribió sus primeras páginas referentes a estas tierras, dicho sistema eclesiástico ha estado funcionando, sin trabas ni obstáculos, y ninguna iglesia ha gozado jamás de mejores oportunidades para mostrar su fe por sus obras. Sin embargo, por todos lados vemos los lamentables frutos morales y espirituales de este funesto árbol eclesiástico.

Sin entrar a discutir los éxitos o los fracasos del romanismo, es a todas luces evidente que, en estos días, Dios está llamando a la iglesia evangélica a que ponga a prueba su ministerio, y a que vindique su puesto como guía de la verdad. Es de suprema importancia que esta nueva civilización encuentre sus sanciones morales en una Biblia

abierta y en una fe viva en un Cristo personal, más bien que en un laberinto de tradiciones y formalismos. Según lo que ahora edifiquemos, así permanecerá la estructura social del siglo venidero. Más duraderas y de mayor alcance que cualesquiera otras fuerzas, en los movimientos que nos rodean, son el vigor de la vida espiritual y la conciencia moral, libertados en los corazones humanos. Si podemos hacer que esta civilización sea espiritualmente viva y moralmente libre, podremos ajustar y desarrollar todo lo demás, ya sea necesario o accesorio. Si fracasamos en esto, todas las glorias materiales no tendrán otro valor que el que tiene una casa edificada sobre arena. Dios está buscando hombres a quienes pueda confiar la dirección espiritual de estos pueblos. Ha-

brá tantos profetas como hombres se encuentren con capacidad y devoción proféticas. Jamás ha habido de ellos mayor necesidad. Si conseguimos colocarnos a la altura de las oportunidades de este país, y de las necesidades de esta hora de promesas, esta grande y creciente civilización será iluminada por la vida y la verdad espirituales; mas si fracasamos, ¡oh!, entonces... Dios quitará nuestro candelero de su lugar y llamará a otros a la obra. El resultado no está, en manera alguna, preordenado. En la anterior generación, suscitó Dios fuertes precursores, que echaron los fundamentos de la obra encomendada hoy a nuestras manos. Almas valientes fueron, vaciadas en el molde de los héroes. Viajaron en medio de inmensas dificultades; predicaron bajo la más fanática

oposición. Afrontaron el menosprecio, el ridículo, la prisión, la persecución bajo formas diversas, pero trabajaron fielmente, como viendo al Invisible, y sus obras les siguen. ¿Quién les sigue ahora en sus pisadas? Jamás ocasión más propicia y oportuna se ha presentado a los hombres, como la que ahora invita a los pastores nacionales de la América latina, a la conquista y posesión de este gran país. No hay remedio tan eficaz como el del evangelista, que habla lo que sabe y proclama el reino espiritual del que él es representante. El resultado práctico de toda propaganda busca, por último, el nivel de los hombres que proclaman sus enseñanzas. Sólo aquellos hombres, cuyo corazón Dios ha tocado, pueden representar efectivamente al Señor Dios. Sólo los

hombres que han aprendido los secretos de lo sobrenatural, pueden obrar milagros modernos. Toda la gloriosa predicación acerca de la Biblia abierta, de la conciencia libre y del acceso directo al trono de la gracia, de nada o de muy poco nos servirá, a no ser que podamos hallar hombres y mujeres capaces de servir como ejemplos inspirados de lo que predicán.

Esta es nuestra suprema responsabilidad hoy día: descubrir al superpastor. En todas las épocas de grandes crisis, Dios ha encontrado unos pocos hombres capaces de todo sacrificio por la salvación de la humanidad, y hoy día el Espíritu del Todopoderoso se cierne sobre los hombres de nuestro ministerio, buscando a quienes poder enviar.





IV. EL PROFETA MODERNO

El pastor cristiano tiene la misión de emprender la obra más grande encomendada a un ser humano. Otros pueden fabricar objetos de arte, él debe reengendrar a los hombres. Otros pueden ilustrar el entendimiento, él debe educar el alma. Otros pueden edificar grandes monumentos, organizar vastas instituciones y manejar valiosos intereses comerciales; él debe restablecer las propias fuerzas interiores de la vida humana. Los estadistas pueden concebir y legislar y administrar los intereses de pueblos y naciones, pero el pastor cristiano tiene que ocuparse en desarrollar la única

clase de carácter que hace a un gobierno digno de ser llamado tal.

El pastor no es un mercader, es un distribuidor de las buenas nuevas. No es un leguleyo, sino un abogado de justicia. No es un político, sino un profeta del nuevo orden social de Jesu-Cristo. No es un sacerdote, sino un predicador del Evangelio de salvación para los perdidos. No es un capellán, puesto para ministrar a unas pocas almas reunidas en su iglesia, sino un representante de Jesu-Cristo ante todo hombre y mujer que se hallen al alcance de su voz e influencia.

El pastor cristiano se ocupa de todo lo que es verdadero, honesto y justo; de todo lo puro, amable, y de buen nombre; de todo lo que se refiere a la virtud y es digno de alabanza. Tiene, asimismo, que batallar contra las fuer-

zas destructoras, y llevar consigo la única luz que puede disipar las tinieblas del pecado. Se encuentra con toda clase de hombres, se pone en contacto con todos los dolores y miserias de la vida, y aunque se siente impotente para tan titánica lucha, si mira a sus fuerzas propias, considérase capaz de todo en Cristo que le fortalece.

La gloria del pastor no estriba en la magnificencia del edificio en que predica, ni en el bien elaborado ritual del servicio que dirige, ni en la pompa y ceremonias con que va a desempeñar sus oficios, ni tampoco en la posesión de alguna autoridad mística particular, de la cual goza el monopolio. Ni el vestuario, ni el incienso, ni las imágenes, ni el monopolio espiritual explican la más alta vocación

que conocen los humanos. Los grandes predicadores de todos los tiempos han sido hombres completamente desligados de toda clase de credenciales y ceremonias externas. Es algo que se halla muy por encima y mucho más allá de toda maquinaria y ceremonia y del precedente eclesiástico, lo que hace del predicador el guía espiritual, el maestro moral y el profeta social de todos los tiempos.

Sin embargo, ha habido y hay hombres que han fracasado en este alto puesto de privilegio y de poder, —¡tragedia indecible!—¿Cuáles son las causas de tan lamentable fracaso y cómo podremos evitarlas?

¿Cómo se explica que encontramos hombres, encargados de proclamar la victoria que vence al mundo, y que, a pesar de todo, no han llegado a obte-

ner un triunfo satisfactorio en sus vidas propias?

¿Cómo es que existen hombres, comisionados para proporcionar el pan de vida, que perecen de hambre en sus propias almas?

¿A qué se debe que haya hombres, elegidos para anunciar una completa salvación, y que son impotentes, con todo eso, para convertir las almas?

¿Cuál es la causa de que hombres comisionados para pregonar la venida del reino, sean sin embargo, incapaces de administrar los negocios de una pequeña iglesia local?

¿Por qué nos hallamos con hombres a quienes se ha confiado el secreto de la paz que sobrepuja todo entendimiento, y viven, sin embargo, desasosegados y descontentos en sus propios corazones?

¿Por qué, perteneciendo a la más grande asociación de fraternidad del orbe, proferimos, en ocasiones, términos de crítica y censura, los unos contra los otros?

Gloriosos han sido los triunfos de los pastores que han aprendido en dónde se encuentran las fuentes secretas del poder del predicador. A través de los siglos se ve desfilan una poderosa falange de predicadores, que han sido verdaderos profetas de Dios, en las horas más negras de la historia humana. Sin ellos el mundo habríase sumido de nuevo en la barbarie. Pablo y Agustín, Atanasio y Francisco, Lutero y Savonarola, Knox y Wesley, Robertson, Spurgeon y Moody. Al leer esos gloriosos nombres, sentimos algo así como un estremecimiento de su poder, y un vivo deseo de seguir

sus pasos, en la gloriosa empresa que los inmortalizó.

¿Cómo es que hay ministros que habiendo trabajado durante algún tiempo sin éxito, han entrado luego en una nueva experiencia de gracia, y han salido, como hombres transformados, a convertir las multitudes? Algo ocurrió: ¿qué fué?

¿Cómo es que hay hombres que, habiendo recibido sólo dos talentos, han sido capaces de consagrar sus dones a la gracia divina, en forma tan eficaz, que han regresado del campo cargados de gavillas?

¿Cómo es que hay pastores que, habiendo hallado el secreto del poder, han trabajado con amor, a pesar de su escaso salario, en muy duras circunstancias, bajo severa persecución, a veces, y, sin embargo, han conoci-

do la paz y el consuelo interiores que hacen de todo aquello una gloriosa y alta vocación?

¿Cómo es que hay hombres, llamados por Dios al ministerio, que han reputado todo padecimiento y dureza y trabajo como un precioso privilegio, y han ido a las llamas, al tormento, a la muerte por amor de Aquel que los llamara y los enviara?

¿Cómo es que hay predicadores ordinarios, entre nosotros, que alcanzan éxito extraordinario en la conversión de las almas, en la edificación de la iglesia, en la organización de la obra, en proclamar la justicia, en transformar la vida en todos sus puntos, en traer bendiciones por doquiera que van?

En una palabra: ¿cuál es el secreto de esta suprema vocación, y cómo

podemos nosotros llegar a ser buenos ministros de Jesu-Cristo? Hallar la respuesta a esta pregunta es encontrar la palanca que pedía Arquímedes para mover el mundo, la espada de dos filos para vencerle.



COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA



V. LA VICTORIA DEL ESPIRITU

El factor decisivo del éxito, en la vida de un hombre, no es siempre fácil de precisar. Afirmar que es espiritual puede no transmitir sino una idea vaga y muy indefinida. Pero el secreto de la victoria que vence es la perla de gran precio, para aquel que la consigue.

Cada pastor necesita emplear toda la inteligencia que posee y toda la educación intelectual que obtener pueda. Pero hay hombres de grande inteligencia y extensa educación que han hecho bancarrota, al paso que otros, desprovistos de toda educación

literaria, han alcanzado, a veces, grandes triunfos.

Cada pastor desea que se le proporcionen facilidades materiales abundantes y equipo adecuado para su trabajo. Sin embargo, algunos hermosos templos sólo han servido para la reunión de espíritus moribundos, mientras que otros humildísimos recintos han presenciado poderosos derramamientos del poder espiritual.

Cada pastor debería tener los emolumentos suficientes para sus necesidades, es cierto; pero, ocurre que algunos predicadores bien remunerados, no han realizado progreso alguno en la obra, en tanto que otros, con poco o ningún salario, han obrado justicia y ganado muchas almas para la salvación. ¿Quién pagaba el sueldo

de Pablo, y cuánto era lo que percibía?

El acceso social a las esferas más encumbradas de la vida, puede ser un medio para la evangelización, pero existen hombres sin posición social alguna, que han llegado a ser, en ocasiones, grandes evangelistas y fundadores de nuevas iglesias. La posición social puede estorbar tanto como ayudar el progreso de la causa.

¿Cuál es pues el secreto?

1.º Evidentemente es algo que viene a la vida de un hombre, de afuera y de lo alto. Examínense las vidas de los grandes predicadores de la historia cristiana y, sin excepción, se hallará que eran hombres en quienes Dios había obrado de una manera humanamente inexplicable. Pablo tuvo su camino de Damasco, Lutero

sus experiencias transformadoras en el bosque, Wesley su extraño ardor de corazón en la humilde capilla. En todos ellos, de algún modo y en algún tiempo, Dios obró algo que los convirtió en hombres diferentes.

2.º Este elemento, venido de Dios, guardaba relación con la preparación y la capacidad anterior del individuo, y obró en ellos como un factor permanente que se desarrollaba en su vida. La visión del camino de Damasco no borró lo que Pablo había aprendido a los pies de Gamaliel, ni la experiencia emocional de Wesley suplantó la educación que había recibido en Oxford. Estas iluminaciones espirituales purificaron e hicieron resaltar todos los dones y posibilidades que antes existían en el carácter, pero que existían sin eficacia. Ningún

hombre debe esperar una visión que le exima de llevar a cabo toda la preparación posible y de procurarse todo el equipo apropiado para su tarea. Pero, sobre toda educación y superior a todo equipo y más elevado que todas las humanas concepciones, está ese algo, nacido del Espíritu, que es imposible reducir a condensaciones mecánicas o fórmulas algebraicas.

3.º La palabra final, pues, es esta: la diferencia entre el hombre que fracasa y el que llega a ser un digno ministro de Jesu-Cristo, es algo que mora y permanece en el espíritu del hombre mismo. Hay algo que le rodea y envuelve, como una atmósfera, un resplandor interior, una vitalidad oculta, una fuerza mística, una radiosa alegría, un santo fervor, una profundidad personal, algo, en fin,

que existe en el hombre, enteramente aparte de sus palabras, que inspira confianza, y produce hambre espiritual y hace que los hombres deseen encontrar las fuentes del poder que les ha hecho lo que son. Puede un hombre dar una conferencia de una hora, sobre mineralogía, sin despertar el interés de sus oyentes, pero si de pronto dice: «¡Ved lo que he hallado!» y muestra algunas bonitas pepas de oro, inmediatamente desea cada cual saber donde las encontró.

No hay otra explicación del éxito de las más grandes predicaciones, sino que las han realizado los más grandes predicadores. Aún los sermones de Wesley son, a veces, secos al leerlos y revelan muy poco del poder que ejercieron sobre los hombres. Es que era el hombre, más bien que su sermón,

el que movía a los hombres al arrepentimiento. Los sermones de Moody no tienen nada de particular, en su forma impresa, pero Moody los hizo poderosos para salvar a las multitudes.

Un hombre así dotado, probablemente no tendrá conciencia del don que posee, pero puede estar seguro de que hay en él un poder que le hará apto para la obra de cada día, según sea necesario, y quien tiene esta confianza no será avergonzado.

¿QUIÉN PUEDE ALCANZAR?

No todos en igual grado, pero sí cada cual puede alcanzar la medida de la plenitud de la mente de Cristo. Los discípulos eran hombres ordinarios, variables, pero llegaron a ser los fundadores de la iglesia cristiana. Si el mundo ha de salvarse, la predica-

ción tiene que hacerse por hombres ordinarios, que hayan recibido algo muy extraordinario de la altura. Hay Tomases y Pedros y Saulos en nuestro derredor. Pero cuando el cobarde Pedro llegue a ser el valiente predicador de Pentecostés, y el perseguidor Saulo llegue a ser el hombre de más poder espiritual de su siglo, será porque nos estamos acercando a las fuentes del divino poder.

Precisamente, en estos días, nos dedicamos con todo entusiasmo a trazar planes de edificación de templos, casas pastorales, etc. y a otras muchas actividades, para el progreso de la causa. Para todo esto hay lugar. Pero más importante que todo esto es el factor humano, el hombre que ha de ocupar el púlpito, el hombre que ha de poner en práctica esos planes,

el hombre que ha de administrar la iglesia ya organizada; esto en primer lugar; y después, y siempre, es *el hombre*, el hombre bien preparado, que utilizará todos esos medios, para multiplicar los resultados. Sin semejante *hombre*, nada se podrá multiplicar.

Si Jesu-Cristo hubiese esperado hasta haber podido organizar una campaña, y asignar emolumentos y proporcionar edificios, la iglesia cristiana nunca hubiera llegado a ser un hecho. Todo gran movimiento espiritual ha sido iniciado por solitarios precursores, que salieron, con frecuencia, sin saber a dónde iban, pero que siempre llevaban una visión espiritual ante sus ojos. Pocos han sido y, a veces, olvidados. Es la tragedia de la dirección espiritual, verse tan aislada. A través de las densas som-

bras de la ignorancia y perversidad humanas, marchan, en solitaria sucesión, fijos los ojos en el Norte Seguro de la promesa. A veces desfallecen y caen, mas pronto se levantan y siguen el rumbo marcado por los pasos de Aquel de quien son y al cual sirven.

Esta débil línea de precursores, es la vanguardia del innumerable ejército que siempre ha seguido y hoy sigue avanzando, guiado por las huellas de los profetas espirituales, faros esplendorosos del universo. Siempre habrá legiones que tal rumbo sigan. Pero ¿cómo le seguirán si no hay un profeta que las guíe? y ¿cómo éste podrá, si primero no es guiado por la luz misteriosa de los cielos y lleno del Espíritu invisible? Y estos guías espirituales jamás marchan solos:

siempre están en íntima comunión con los profetas y predicadores y redentores de la humanidad. Y también con ellos está siempre el espíritu de Aquel al cual nunca vieron, y a quien, sin embargo, aman hasta el sacrificio de su vida. ¡Es verdaderamente imponente tan augusta compañía! ¿Quién se negará a seguir en pos de tan gloriosos adalides?





VI. EL ESPIRITU DE SAN JUAN

En nuestra investigación de las fuerzas interiores del espíritu, que hacen apto a un hombre para desempeñar la grandiosa obra del pastor cristiano, podemos aprender más en la Biblia que en todas las otras fuentes combinadas. Desde Enoch a Juan de Patmos, el Libro es un estudio completo de las fuerzas espirituales y un registro en que se anotan los variados conflictos, tristes fracasos y gloriosos triunfos espirituales.

De todo el noble ejército de los mártires, profetas, sacerdotes y reyes, dos, más perfectamente que todos los demás, han revelado las fuentes de

su poder espiritual. No es por accidente que los dos más grandes místicos nos hayan dado dieciocho, (si no diecinueve), de los veintisiete libros del Nuevo Testamento; y que la influencia de estos hombres, sobre la vida de la iglesia, haya estado en proporción al espacio que ocupan en las Escrituras cristianas.

Juan, el Apóstol

Tres principales características son dignas de notarse en este apóstol. Juan, de vehemente naturaleza, era de carácter *intenso*. Los individuos apocados nunca tratan de destruir a los que difieren de ellos en el pensar. No podemos imaginarnos a Juan pasando sus horas en el ocio, o en fútiles preparativos para hacer algo más

tarde, o abandonando perezosamente todo esfuerzo porque hubiere dificultades en el camino. Ahora bien, esta intensidad en la acción puede llegar a traducirse en intolerancia o en devoción. Bajo el poder estimulante de un gran amor por Jesús, Juan llegó a ser, no un fanático, sino el gran amador de sus semejantes. Cuando el amor hubo hecho su obra en Juan, no volvió jamás a pedir fuego del cielo para destruir a los que como él no pensaban.

La ira del fuego consumidor, el vigor del intenso desacuerdo con las opiniones de los demás, la energía de las atronadoras denunciaciiones contra los errores y supersticiones del romanismo, nunca podrán servir como fundamento seguro para los resultados permanentes que se esperan de un pastor

evangélico. Si un hombre ama a Dios con intensidad, la llama de ese puro amor quemará la odiosa intolerancia que fermenta en su corazón, conservando el oro refinado de la afección constructora.

Juan fué el apóstol de la *comunión interior*. Para él, seguir a Cristo era un asunto intensamente personal. Amar a Jesús era la misma cosa que amar a los hermanos. Con admiración pregunta, cómo puede un hombre obrar de otra manera. A veces, es un poquito ambiguo al discurrir acerca de las dos grandes pasiones. Cuando un hombre ama a Dios tanto, que no distingue claramente entre el amor por Cristo y el amor por sus hermanos, podemos estar seguros de que se está aproximando al espíritu del discípulo

que reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús.

Certidumbre de las cosas espirituales

En su completa certidumbre de las cosas espirituales, Juan alcanza su clímax. Donde hombres de inferior temple tropiezan, Juan marcha con seguro paso. Donde otros vacilan acerca de la verdad, Juan exclama: «Sabemos». No hay trabajosa especulación en Juan. Tiene sus problemas y sus contactos con las cosas que jamás, por sí mismo, comprenderá el entendimiento humano, pero tan cierto está de las eternas realidades que existen más allá de estas apariencias, en los cielos, que pinta precisamente lo indescriptible, con imágenes tan vividas, vigorosas y elevadas, que hombres de talla mediocre han tratado,

desde entonces, de explicar en vano mediante interpretaciones materiales, mecánicas y forzadas. Las nubes sublimes de Juan, cruzan, empero, como portentosos misterios por el inmenso y magnífico panorama de los cielos.

Ha habido, desgraciadamente, lamentables fracasos en el pastorado; pero estos no los han sufrido los pastores que se han propuesto seguir el ejemplo de este apóstol del amor. Lo mejor que el pastor, consagrado a su deber, puede hacer, es dedicarse a un intenso estudio del espíritu, métodos y carácter de Juan. Porque Juan fué «obispo», esto es, pastor de la Iglesia Apostólica, y como tal, conocía los problemas del pastor en una medida extraordinaria.





VII. EL TRIUNFO DE SAN PABLO

Por medio de multitud de contrastes y diversas transformaciones, Pablo nos suministra algunas ricas inspiraciones para el estudio de las fuerzas espirituales, con las que el pastor conseguirá vencer al mundo, la carne y el demonio. Las dotes espirituales de Pablo nos enseñan mucho más que el episodio del camino de Damasco. Solo un Saulo de Tarso pudo llegar a ser el apóstol Pablo por medio de aquella experiencia.

En la vida juvenil de Pablo aparecen, bien definidos, los cuatro factores siguientes, cada uno de ellos fuertemente reflejado en sus años poste-

riores. Cualquiera hombre, con estos elementos en su vida, además de la visión celestial, será, seguramente, un buen pastor.

1.º Saulo era un hebreo de hebreos, lo que quiere decir que tenía una rica herencia espiritual.

2.º Saulo era ciudadano romano, lo que ponía a su disposición todo el mundo entonces conocido.

3.º Saulo se había educado a los pies de Gamaliel, en donde adquirió una superior educación intelectual.

4.º Saulo era fariseo de fariseos, es decir, hombre de altos ideales y claras percepciones mentales.

Verdad es que todas estas cosas él las reputó como desprovistas de valor en sí mismas, sin la excepcional ayuda que recibió directamente de Cristo. Esto no obstante, dichos elementos

permanecieron en él, como para servir de fondo a su nueva personalidad, y en adelante aparecen como (1) capacidad espiritual, (2) conciencia mundial, (3) amplitud intelectual y (4) alto idealismo. El Pablo inspirado y capaz es el antiguo Saulo transformado y elevado a su más alta personalidad.

Hay pocos elementos, en el fondo de la vida de un hombre, que no puedan llegar a ser útiles factores de progreso en su ser, una vez emancipado y vigorizado. Hasta capítulos enteros de negra degradación han servido como agentes de provecho, y algunas torcidas características han sido enderezadas y transformadas en rasgos útiles para la formación de una personalidad mejor. Si el «hijo del trueno» y el enfurecido perseguidor

pudieron llegar a ser los más grandes hombres de su siglo, debemos confiar en que algunas de nuestras tendencias torcidas pueden aún enderezarse para provecho y gloria de nuestra causa. ¿Cómo puede esto conseguirse?

Una experiencia original de Cristo

Pablo atribuye su cambio y transformación, a una revelación, dice, de «Cristo en mí». Sostiene con energía su llamamiento al ministerio y lo defiende en términos vigorosos. «Mas cuando plugo a Dios revelar a su Hijo en mí», es su aseveración. Esta convicción de una revelación especial, llamándole al apostolado, nunca lo abandona. Ha sido elegido para custodio del misterio celestial, revelado a los hombres mediante él mismo, y

si deja de proclamarlo, el mundo se verá privado del celestial mensaje. Ahora bien, todo hombre que siente eso mismo, puede predicar convincentemente y mover a los hombres a justicia. Hay un *algo* divino en un hombre, cuyo corazón Dios ha tocado, y que no se puede explicar con razones humanas. La educación y los recursos humanos no lo explican. Sus palabras y su conducta pregonarán con claros y valientes conceptos lo que el Espíritu le ha dicho en sitios secretos. Dios ha hecho de él un confidente, y esto le obliga a proclamar el mensaje o perecer. No hay alternativa. Nos estamos acercando al secreto de un ministerio eficaz. Nace de arriba. El hombre que trata de hacer la obra de Dios, sin contar con este *algo*, que procede de lo alto, indepen-

diente de su propia personalidad, hallará una docena de excusas para explicar su fracaso, pero la *causa* de su derrota es él mismo. Dios está esperando para dar a cada hombre, en su medida, una «experiencia original de Jesu-Cristo», y sin ella nuestras palabras estarán vacías de poder espiritual.

Identidad personal con Cristo

Pablo llegó a tener clara conciencia de que, dice, «para mí el vivir es Cristo.» No como Cristo, sino Cristo en persona, Cristo en él; no como una figura de lenguaje, sino como una efectiva personalidad divina. Cristo caminaba, conversaba, hablaba, vivía y obraba en Pablo. ¡Qué espíritu para un pastor! Ora en el candente desier-

to o en el vasto mar, ya entre la turba de Judea o delante de la corte romana, Cristo estaba en él, y a la luz de esta conciencia, todos los trabajos, peligros, rigores, hambres, fatigas y torturas se disipaban como simples nubecillas de verano. Cristo estaba padeciendo estas cosas con él, y por eso no las cree dignas de mencionarse. El secreto de la vida extraordinaria y de la gigantesca obra de Pablo no está en sus polémicas, sino en Pablo mismo. Así como la cúspide de una cordillera se eleva majestuosamente sobre las montañas que forman su base, del mismo modo Pablo se eleva sobre cuanto le rodea y, a veces, hasta sobre sus mismos argumentos. Tan gigante aparece su espíritu que, en ocasiones, rompe sus propias formas de lenguaje y aparece

casi incoherente, oprimido bajo el peso de la visión celestial. El hombre mismo es el argumento más trascendental, para probar lo divino del agente que le convirtió en lo que es. Y cuando arroja todo el peso de su personalidad iluminada en la balanza de la vida, debiera haber un registro de los resultados producidos en cada corazón, que siente el choque vigoroso con el corazón de tal hombre. Las persecuciones y el martirio son sólo los detalles de un grandioso plan de vida, la que no estimaba preciosa para sí mismo, sino en cuanto que, de alguna manera, pudiese emplearla para ganar muchas almas para Cristo, que le había transformado. No es extraño, pues, que semejante personalidad haya impresionado tan profundamente en todas las edades de la historia cristia-

tores que jamás podrían ganarse la vida en una casa de comercio, portándose con la misma desidia con que cumplen la alta misión que la Iglesia de Cristo les ha encomendado.

Para que el pastor tenga éxito en su misión, una de las condiciones de que no puede prescindir, y «sine que non», es que debe estar ocupado constantemente en los negocios de su Señor. Si hemos de triunfar en el desempeño de la empresa tan delicada y gloriosa que el Señor nos ha encomendado, necesitamos aprovechar, con toda escrupulosidad, cada momento del tiempo de que disponemos, y cada partícula de energía y habilidad que Dios nos haya otorgado.

Jesu-Cristo jamás estuvo desocupado. Se retiraba al desierto a orar y, a veces, oraba toda la noche, ejercicio

que ocasiona el mayor desgaste posible de energía en el ser humano. De cuando en cuando se entregaba al descanso, para poder dedicarse con nuevas fuerzas y energías a su duro y abrumador trabajo. Todo hombre debe procurar mantener sus fuerzas íntegras y en las mejores condiciones, para poder hacer lo mejor posible su trabajo. Jamás malgastó Jesús una sola hora en la ociosidad. Siempre y en todas partes cumplió la voluntad del Padre que le envió al mundo. Y Dios ha puesto al pastor en el mundo, con un programa tan concreto y con un mandato tan definido y urgente como los que tuvo el Señor Jesús en su ministerio. Ningún holgazán puede pretender ser considerado como un fiel discípulo del Hijo de Dios, quien «se dió a sí mismo»—todo su

tiempo y todas sus energías—para el éxito de su causa.

No se concibe que Pablo, Juan, Pedro o Timoteo fuesen capaces de entretener sus ocios paseando alegremente por el pueblo, haciendo algunas visitas agradables, predicando un sermón cada Domingo, y llevando, en suma, una vida cómoda y sin sacrificio. Si así hubieran vivido, como algunos de nuestros modernos pastores viven, no existiría hoy la Iglesia Cristiana.

Leed nuevamente las múltiples experiencias de San Pablo y comparad aquella vida tan activa, con la vida tan indolente del pastor moderno. Es verdad que los tiempos son distintos, pero también es verdad que las necesidades actuales de Sud-América, como las del mundo entero, perdido hoy



día en las convulsiones y agonías de la muerte espiritual, son tan apremiantes como las de los pueblos de los primitivos tiempos del cristianismo, por lo que jamás, como ahora, se ha dejado sentir una necesidad mayor de activos y consagrados apóstoles. Gústanos, en verdad, hablar del privilegio de que gozamos, al ser considerados como apóstoles de la doctrina del cielo, en el escéptico siglo veinte; pero ¿cuántos estaríamos dispuestos a soportar los sacrificios inherentes a una vida realmente apostólica? Desde cualquier punto de vista que estudiemos la vida prodigiosa de esos hombres inmortales, tendremos que convenir en que estuvieron siempre, y en el más alto grado, ocupados en llevar el Evangelio a todos los que, sin distinción de clases, esta-

ban dispuestos a escuchar la palabra de vida de que eran portadores. Con frecuencia se sentían exhaustos, pero, rehaciéndose con noble coraje, emprendían de nuevo y con mayor vigor, su abrumador trabajo. Es que era una muy alta vocación la suya, por lo que ningún sacrificio les parecía excesivo, con tal de asegurar la victoria.

Todo gran reformador ha sido hombre de enormes energías y prodigiosa actividad. No hubo uno solo a quien se pudiera acusar de indolente. San Francisco de Asís, Lutero, Wicliff, Savonarola, Knox, Wesley, Moody y Taylor, cada uno de ellos trabajó con amor hasta lo sumo del agotamiento de sus energías y del sacrificio de su vida, en la prosecución de la obra que el cielo les confió. ¿Quién de los que

siguen actualmente a Juan Wesley está dispuesto a emplear una actividad tan enorme como la suya; trabajando tarde y mañana, día y noche, predicando donde quiera que había almas que le escuchaban, visitando a los enfermos, orando junto al lecho de los moribundos, escribiendo libros impregnados de la más alta sabiduría, socorriendo a los pobres, buscando empleo para los desocupados,—la más sorprendente lista de actividades humanas, que se conoce, quizás, desde los tiempos de San Pablo?

La América latina—y el mundo entero—espera de nosotros esta clase de vida, de entera consagración al trabajo del ministerio. El mundo podrá ser salvado si conseguimos encontrar un número suficiente de hombres que pongan toda la energía de



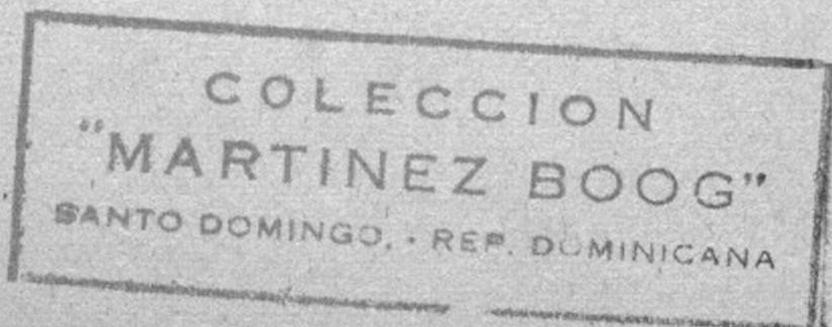
todo su ser, en la tarea de predicar a Jesu-Cristo y de conquistar hombres para él. Si no pudiéreis disponer de un templo, predicad en una casa; si no conseguís una casa, predicad en la calle; y si os prohíben predicar en la calle o en la plaza. . . . entonces. . . . ¡oh! entonces buscad con noble empeño, indagad con apostólico interés, y no dejaréis de encontrar, en algún apartado rincón, un alma hambrienta del pan de vida, y que escuchará agradecida vuestro mensaje. Y seguid, sin dar lugar al descanso, pregonando por doquier ese mensaje, día tras día. Hay numerosos miembros de la grey cristiana que alimentar, hay un inmenso territorio que conquistar en nombre de Cristo y, sin embargo, existen muchos obreros cristianos que gozan de una vida cómoda

y frívola, contentándose con observar un ciclo rutinario de ceremonias, celebrando, de cuando en cuando, algunos cultos, leyendo algunos diarios y libros, malgastando horas enteras en ocupaciones tan fútiles, que ningún beneficio reportan para ellos ni para la obra que les ha sido encomendada. Los que tan torpemente proceden ¿son mejores, acaso, que los que forman ese sacerdocio comercial, con la triste misión de convertir la religión en repugnante granjería?

En todos los tiempos ha habido hombres dispuestos a sacrificar su tranquilidad y comodidades ante la perspectiva de poder acumular una fortuna. ¿No debería el ministro de Jesu-Cristo estar dispuesto a hacer otro tanto? Muchos hombres lo han abandonado todo y han soportado los

más horribles sufrimientos para descubrir y explorar nuevas tierras y nuevos mares, por amor a la ciencia o por conquistar una mísera aureola de efímera gloria mundana. ¿Y el apóstol de Cristo será incapaz de hacer otro tanto por el amor y la gloria de su Maestro?

La América latina yace oprimida inconscientemente bajo el oprobioso ejemplo que le da un sacerdocio, cuyos ideales siempre han sido el prestigio de clase, el poder social y el monopolio de todos los privilegios de la nación; ideales que están tan lejos del que Cristo tuvo para sus ministros, como el norte lo está del sur y el este del oeste. Inconscientemente, también, pensamos en nuestra vocación, considerándola como un empleo, y no como una misión; o como una



prerrogativa o privilegio, y no como un llamamiento a emplear cuanto tenemos y somos, permitiendo que nos abrasa y consume el celo por la salvación de los hombres, perdidos en las infernales sombras del pecado.

Si una casa está a punto de ser devorada por el fuego, y sus moradores expuestos a perecer, el padre de familia no pierde neciamente el tiempo, preocupándose de su dignidad, ni en espera del cuerpo de bomberos; sino que inmediatamente se arroja a través de las llamas, se lanza con ímpetu al interior de la casa y, con tal de salvar a los suyos, desafía la muerte que les amenaza con la intrepidez y bravura que caracterizan al héroe. Los grandes evangelistas del mundo han dado su vida, en esa forma, por la causa por que combatieron con denuedo.

No hay métodos fáciles para salvar a los hombres, o para hacer adelantar la causa de Cristo. «Extenuémonos por Jesús», exclamó, en cierta ocasión, un pastor sudamericano, dando así expresión a su ardiente deseo de salvar a los hombres. Cuando un hombre siente así la importancia de su vocación, no tardará en saborear el divino placer de contemplar la salvación de muchas almas sumidas en el horrible abismo del pecado.

Para el trabajo que exige este campo árido y duro somos aún muy pocos; pero consideramos que en la América latina hay un número suficiente de pastores nacionales, capaces de encender un fuego que jamás sea extinguido. El incendio ya ha empezado; ahora, lo que necesitamos es un gran número de tizones ar-

dientes, que vayan extendiendo por doquier ese fuego, en el nombre de Cristo, quien se sacrificó y murió por los hombres; y que, si fuere necesario, no falten algunos apóstoles, animados de un santo heroísmo, dispuestos a morir con él y por él. Si el mundo ha de salvarse, es necesario que haya más Calvarios y más hombres dispuestos a ser sacrificados, considerando demasiado pequeño todo sacrificio realizado con el santo propósito de conquistar almas para Dios.

Al recomendar esta intensa actividad por parte del pastor, no queremos decir que no debe tomarse el tiempo necesario para enriquecer su alma con los divinos tesoros que a nuestra disposición están en los secretos camarines del poder espiritual. Es un hecho incontrovertible, corroborado por la

experiencia, que nos es mucho más fácil correr, como aturcidos, de un lado para otro, en pos de las diversas impresiones que nos proporcionan multitud de inútiles ocupaciones, que entrar en nuestro aposento de retiro espiritual, para ponernos en comunión con Dios e interceder ante él a favor de otros, **QUEDÁNDONOS ALLÍ** sobre nuestras rodillas, hasta que tengamos la seguridad de que nuestra oración ha sido escuchada, y que lo que hemos pedido en el bendito nombre de Cristo, en su nombre el clemente Padre nos lo ha concedido. El pastor que se ocupa, con intensa actividad, en los negocios de su Señor está convencido, por propia experiencia, de que el tiempo que emplea en su comunión con Dios, es de mucho más provecho y de mayor eficacia que

todo el que emplea en los demás menesteres de su ministerio. El que rehuye los trabajos de un servicio activo, más fácilmente evitará la lucha que necesita entablar para la intercesión con Dios. De ningún modo quiere esto decir que el pastor que dedica mucho tiempo a la oración, sea culpable de desatender sus deberes en el servicio activo. El hombre que ora mucho es indiscutible que ha de trabajar mucho. El pastor que indefectiblemente fracasa en su ministerio es el que nada piensa, nada siente y nada obra con intensidad y celo apostólicos. Los directores de los grandes movimientos espirituales fueron siempre hombres de oración, y que después de emplear mucho tiempo en íntima comunión con Dios, hasta penetrar y hacerse dueños del secreto de

las grandes fuerzas espirituales, salían al mundo para derramar por doquier y en beneficio de los hombres, esa misma energía espiritual que habían bebido en las maravillosas fuentes del amor, y de la que Dios les había liberalmente dotado. Una actividad incesante rendirá poco provecho, si el hombre no la emplea en cosas que realmente valgan la pena. El mucho hablar de nada sirve, si el que habla, nada sustancioso tiene que decir. Jamás el Espíritu Santo ha inspirado a ningún hombre indolente, y nadie conseguirá ser un moderno apóstol, si no está dispuesto a consagrarse, sacrificándolo todo, a vivir, con todas sus energías, una vida de sacrificio, de oración y de abnegación en servicio de la humanidad.



na. ¡Qué modelo para el pastor que debe abordar y vencer todos los obstáculos, en el nombre de Cristo, quien hizo que Pablo se considerara satisfecho, en medio de las mayores necesidades, abundando en gozo siempre y venturoso en todas partes, porque todo lo podía en Cristo, de cuya vida superior participaba!





VIII. ¿QUE ES LA ESPIRITUALIDAD?

Se ha inventado y escrito un número increíble de palabras y frases para definir la espiritualidad, las que de nada sirven y con las que nada se consigue. A veces, es un simple disfraz que oculta la incapacidad del pastor para conseguir felices resultados en su misión, o para administrar su iglesia con éxito, y hasta, en ocasiones, puede servir de cortina, detrás de la cual un hombre oculta, inconscientemente, su haraganería y poca disposición para quitarse el paletó e ir a trabajar, haciendo posible el éxito que de arriba viene.

Entre los hombres más fervientes existe, a veces, confusión acerca de lo que constituye la espiritualidad. Unos piensan que consiste en gritar fuerte y parejo cuando predicán, otros en la repetición de ciertas frases estudiadas con ese fin; hay quien emplea ciertos tonos e inflexiones de la voz, y otros imprimen fúnebres expresiones al rostro. En muchas ocasiones un hombre es considerado como espiritual, cuando no es otra cosa que un censor de sus hermanos, los pastores que difieren de él en ideas, en métodos y maneras de decir. Consideran otros la espiritualidad como la aceptación de ciertas doctrinas, muy caras para ellos. Hay también hombres que confunden la espiritualidad con el rechazo de toda base doctrinal y de toda perspectiva teológica. Pero de éstos no necesitamos

preocuparnos. ¿Qué es, pues, la espiritualidad, realmente?

De nuevo Pablo y Juan pueden ayudarnos para aclarar nuestro pensamiento. Si hubo algunos hombres, en el siglo primero, que fueron realmente espirituales, con seguridad podemos afirmar que estos dos se contaron entre los más notables ejemplos.

La conciencia del invisible

Pablo y Juan fueron siempre conscientes de la existencia de un mundo invisible más real y permanente que el universo formado por las cosas que se ven. Cuando un hombre ha *visto* y *oído* lo invisible e indecible, y vive constantemente en la presencia consciente de Cristo, su vida no puede ya consistir en el materialismo grosero,

pensando en conseguir el más agradable nombramiento ni en ambicionar la tarea menos difícil. Ni una hora puede pasarse en la ociosidad. Cada momento es para él sumamente precioso, puesto que puede, aunque en pequeñas proporciones, ayudarle en los asuntos de su vida, dedicada a la obra inconclusa, que nos ha sido confiada por Jesu-Cristo.

Para estos dos varones, como para todo varón que es genuinamente espiritual en su pensamiento y en su obra, el misticismo se eleva firmemente, a través de los años, con una certeza creciente de valores eternos.

Por fin, este sentimiento de realidad espiritual penetra todos los pensamientos, colora todos los motivos, domina cada acción, rige todo el ser. No es una rapsodia más o menos poé-

tica, sino una experiencia positiva y consciente, la que expresa Pablo cuando exclama: «Para mí, el vivir es Cristo». Para tales hombres «todas las cosas son posibles», porque «todo lo pueden en Cristo». El Dios en quien confían es siempre poderoso para satisfacer todas sus necesidades. Todas las cosas son suyas, y les es concedida siempre una gracia que es todo-suficiente.

Más allá de este punto supremo no es posible que avance un ser humano que goza de una completa identificación con su Señor. En lo que respecta a cualquier hombre que alcanza esta vida, escondida con Cristo en Dios, poco o nada necesitamos decirle sobre el espíritu eficaz del buen ministro de Jesu-Cristo. Teniendo a Cristo co-

mo guía en su vida, llena de experiencias conscientes, lo tiene todo.

Espiritualidad operadora

La verdadera espiritualidad nunca está concentrada en sí misma. El hombre espiritual habla poco de ella, excepto cuando ha de dar testimonio de la pasión que le consume, y que le obliga a olvidarse de sí mismo, en obsequio a su obra y a su Señor.

Fruto de este sentimiento de identidad con Cristo es la convicción de que solo Cristo es suficiente para satisfacer las necesidades del mundo. No alguna doctrina particular sobre Cristo, no algún método especial para dar a conocer a Cristo, no algún rito o ceremonia particular, sino *Cristo*. No hay otra medicina para curar a la hu-

manidad gravemente enferma. Hacer que los hombres le conozcan y que acepten y crean en la virtud de su resurrección, es el único asunto ante el cual todas las demás soluciones de la vida, nada valen, se disipan y olvidan. Cuando tal hombre habla, todos los demás deben escuchar, y en adelante, avergonzados, callarse. No podemos analizar la espiritualidad de Pablo ni de Juan, como un cirujano disecciona o despedaza un cuerpo humano en la sala de operaciones, ni Dios lo permita, pero sí podemos sentarnos a sus pies y aprender de tales varones, que han estado con Cristo, lo mucho que pueden decirnos acerca de él.

La espiritualidad obra la caridad

Hay una infalible característica que nos da a conocer la vida genuinamen-

te espiritual. El fruto del Espíritu es la caridad. La caridad es el título glorioso e infalible de la espiritualidad: No hay sustituto. El hombre que hace alarde de vivir una vida impregnada de espiritualidad, pero que, al mismo tiempo, demuestra tener un espíritu censorador, intolerante y falto de amor hacia sus semejantes, este tal se ha equivocado lamentablemente. Puede ser celoso, entusiasta, incansable en su actividad, puede ser muchas otras cosas, pero no es espiritual. El hombre espiritual es tolerante, y sufrido con aquellos que difieren de él. Su carácter y su lema se encuentran en el capítulo trece del primer libro de los Corintios. Un hombre que goza de esas cualidades, podrá ser modesto y de ordinario calibre intelectual, pero sabrá algo de la espiritualidad, y

su vida será rica en los frutos de un ministerio inspirado por el Espíritu de Dios.

El elemento del tiempo

Ningún hombre puede alcanzar la medida de la plenitud del Espíritu de Cristo, en un mes o en un año. Puede entregarse por entero a este santo ministerio, en una sola hora; pero ni Pablo ni Juan llegaron a las Montañas Deleitosas en un solo esfuerzo. El sendero asciende, el aire se aclara y el horizonte retrocede, hasta que una visión más clara produce, por último, completa confianza y la entera absorción de todo el ser en el Cristo todo-suficiente.

Se requiere, primeramente, que el hombre marche animoso por aquel

sendero que guía a las alturas; si no desfallece en la penosa ascensión, a su debido tiempo alcanzará la cumbre. La adquisición de una pequeña porción del genio sublime de estos gigantes espirituales, resolverá la mayor parte de los problemas de la vida de un pastor. Hombres como éstos, en cualquiera época, dominarán la vida espiritual del mundo. El pastor moderno que encuentra las fuentes en que bebieron estos admirables varones, y saca de ellas el agua que necesita para su propia vida, puede influir profundamente en aquella parte del mundo que le ha sido asignada como su herencia espiritual.





IX. EL LLAMAMIENTO A PREDICAR

Si el factor más importante en la vida del pastor, es su propia personalidad llena del Espíritu, debemos considerar detenidamente el llamamiento del Espíritu Santo al ministerio de la palabra de Dios.

¿Qué debemos entender por un llamamiento a la predicación? ¿Es un impulso irresistible de lo alto, una voz clara, que da direcciones implícitas, una opinión de la iglesia, un fuerte deseo de parte del hombre mismo o una firme convicción de haber hallado el camino de la obediencia a la voluntad de Dios, para el mejor empleo de la vida de un hombre?

El llamamiento a la predicación puede consistir en cualquiera de estas cosas o en todas juntas. Como la gracia de la conversión, el llamamiento a la predicación no es hecho a dos hombres en la misma forma. Algunos han menester del resplandor que ciega, otros solamente de la voz apacible y delicada, y hay quienes sienten tanta ansiedad por recibir tal misión, que no necesitan más que lo que podemos llamar un sentimiento de permiso, para lanzarse, llenos de santo fuego, a la sublime tarea.

Cualquiera que sea la forma del llamamiento, el espíritu y el significado de él son siempre los mismos. Dios tiene ocupación para un hombre en la obra del ministerio. De alguna manera Dios hace conocer su voluntad a este hombre, y, en adelante, un solo

camino le queda, en el que pueda encontrar satisfacción y éxito para su vida.

Pero, para que este hombre tenga éxito como pastor, es condición indispensable y de suprema importancia, que sienta con fuerza esta divina vocación, es decir, que esté persuadido de que Dios le necesita y le ha elegido para ocupar un puesto en el ministerio. Cuando un hombre trata de predicar sin tener esa convicción, se produce una nota discordante en el concierto del pastorado. Ese hombre puede hacer mucho ruido, producir un éxito aparente y, por algún tiempo, marchará bien, pero, si Dios no le ha llamado para su obra, no conseguirá adelanto verdadero. La convicción de haber sido enviado por Dios para desempeñar una gran misión, co-

munica al hombre las necesarias energías para sufrir dolores, trabajos, pruebas, perplejidades, ansiedades y experiencias de toda especie. Si el hombre se ha enviado a sí mismo, sencillamente ocurrirá, que se cansará de la tarea y, sin pena, la abandonará. Pero si ha sido enviado por Dios, cambia radicalmente el asunto, y no habrá trabajo, por penoso que sea, que no se encuentre capaz de soportar, por amor de Aquel de quien es y a quien sirve.

La vida no ofrece al cristiano satisfacción más placentera que el gozar de una recta conciencia de que Dios le ha llamado, y que ocupa el lugar y desempeña la obra para que ha sido enviado. Tal experiencia es el éxito más alto que un alma humana es capaz de conseguir.

Hay hombres a quienes Dios ha bendecido, pero que jamás tuvieron una experiencia semejante a la de Saulo de Tarso; sin embargo, por un deseo sincero de servir a Dios y un amor intenso por la obra del pastora- do, han suplicado al Señor, hasta que les fué concedido el ansiado «sentimiento de permiso», y el predicador se entregó con regocijo a los negocios de su Maestro.

Los problemas de una iglesia atra- sada débense, con frecuencia, a un mi- nisterio sin vocación. Nada menos que una vocación divina es necesaria para conseguir que un hombre sea capaz de contrarrestar las dificultades com- plexas, y hacer progresar la obra que le ha sido encomendada. Porque no es asunto de menguado interés, que un hombre se interponga entre Dios

y la humanidad, para administrar a ésta la palabra de vida, salvándola de la muerte. Sólo un hombre lleno de Dios puede asumir misión tan suculme y ser portador de tal mensaje.

Supongamos que un hombre se encuentra en el ministerio sin ninguna convicción de que Dios le ha llamado, ¿qué hará? Creemos que no le queda otro recurso que el siguiente: que emplee bastante tiempo, postrado ante Dios, en un examen de sí mismo y en demanda de una clara visión de su deber, y si ésta no le es concedida, entonces, que resignadamente trate de servir a Dios en alguna otra misión, aunque de esfera menos elevada.

¿Cuáles son las pruebas de una vocación divina? Algunos hombres han creído estar seguros, pero más tarde se han convencido de que estaban

equivocados al juzgar sus sentimientos referentes a su vocación para el ministerio.

Un llamamiento para predicar contiene tres factores. (1) Existe la íntima convicción del hombre mismo. Esta puede venir repentinamente o durante una serie de años, pero en alguna manera debe, al fin y al cabo, aparecer, si el hombre ha de ser un ministro de Dios en verdad. (2) Si es llamado por Dios un hombre, hallará la confirmación del llamamiento en la convicción que tengan sus amigos, de que debe dar su vida al ministerio. Cuando Dios llama a un hombre, siempre da parte de ello a algún otro, y el testimonio de los demás puede servirle de valiosa confirmación. La iglesia, también, se hará eco de tal llamamiento en alguna forma definida.

(3) Hay, además, una prueba decisiva en los propios esfuerzos del hombre para responder al llamamiento. Si Dios le llama, no le faltarán algunas demostraciones de que Dios le está utilizando; y esto le será manifestado por medio de los resultados que su predicación produce. ¿Son los creyentes edificados? ¿Se convierten los pecadores? ¿Es la iglesia dirigida por un servicio armónico? Si ninguno de estos resultados consigue, ¿cómo podremos creer que Dios ha llamado a ese hombre para tal obra y que en seguida le haya retirado el poder de su Espíritu, mediante el que se consiguen los resultados, para los que Dios mismo instituyó el ministerio?

Cualquiera que sea la forma del llamamiento, jamás podrá obtener resultados permanentes en su vida o en su

trabajo, el hombre que no ha conseguido una profunda convicción de decisiva victoria en su propia alma.

Lamentables son las vidas de aquellos hombres que, habiendo sido por Dios llamados y en tal misión utilizados, arrastran una existencia espiritual enfermiza, a causa de algún hábito personal, o de alguna propensión que no han tenido valor para abandonar. ¿Cómo puede ese hombre predicar una salvación completa, absoluta, cuando él mismo es presa de algún pecado o falta que le domina? Tales hombres podrán realizar, a duras penas, algún bien, pero andarán toda su vida como lisiados, cuando deberían ser veloces mensajeros del evangelio de la gracia. La conciencia de sanidad interior, de completa dedicación a la palabra, de entera posesión por el Es-

píritu de Dios, valen mil veces todas las luchas que pueda costar el verse libre de cualquier obstáculo que se interponga en la senda.





X. LA DISCIPLINA ESPIRITUAL DE LAS OCUPACIONES PENOSAS

Alguien ha definido el genio, como «la deliberada elección de vivir resolviendo las mayores dificultades de la vida.» Si esto es o no es el genio, puede ser puesto en discusión, pero, ciertamente, es la más alta vocación del pastor cristiano.

Ahora bien, Dios emplea muchos métodos para desarrollar en su mensajero escogido un sentimiento eminente de los valores espirituales, como expresa manifestación de la verdad espiritual que posee. El Espíritu Santo desarrolla el acero finamente tem-

plado de un carácter digno, por medio de variados fuegos de prueba y bautismos de eficaces experiencias. Y entre estas candentes fraguas de alta presión,—material humano que utiliza el predicador,—la disciplina espiritual de las ocupaciones ordinarias ocupa un lugar muy considerable.

Las mayores victorias de la vida no llegarán a conseguirse sin haberse familiarizado con los pequeños triunfos en la batalla de la existencia ordinaria. Pasar y ascender de estos pequeños triunfos a aquellas decisivas victorias, es uno de los problemas más apremiantes de la vida del pastor. Sin tener en cuenta la clase de vocación que pueda haber tenido un hombre para el ministerio, siempre se verá precisado a ocuparse en multitud de

menudos asuntos que forman parte de su obligación diaria.

Tender un puente sobre las zanjas que separan los altos ideales de las mezquinas realidades viene a constituir la misión peculiar del pastor. Debe ver con claridad la ciudad de Dios, que desciende del cielo y se establece en la tierra. Si el pastor no tiene esa visión, el pueblo perecerá con él.

Esto no sería tan difícil, si no hubiese, con frecuencia, otras muchas dificultades en la línea de la visión. Trabajar con seres humanos, en gran manera deficientes, y pensar en la posibilidad de transformarlos en hombres salvados y regenerados, produce una tensión nerviosa. Trabajar en miserables edificios y con escasos muebles, contemplando en lontananza, con los ojos de la fe, iglesias adecua-

das, y casas pastorales con decoroso mueblaje, pone a prueba el alma más serena de un hombre. Ver visiones no es la parte más difícil. Lo difícil está en el cómo se han de realizar. No es difícil inspeccionar el campo de la iglesia local y de las cosas que son necesarias. Conseguir la adquisición de las mismas, es prueba de una alta vocación. Y lo más difícil de todo esto es tener que hacer tres cosas a la vez: porque el hombre no sólo debe contemplar las necesidades y emprender la tarea de satisfacerlas sino que, al mismo tiempo, debe continuar trabajando con aquel miserable equipo y los escasos medios que pueda tener a mano.

Existe la errónea impresión de que en Sud América, hay alguna razón misteriosa por la que no debe espe-

rarse que un pastor consiga grandes victorias espirituales por medio de la fe y del trabajo asiduo, como ocurre en varios otros países. Nunca he oído expresar una tan desatinada comprensión del llamamiento divino al ministerio. O nuestro Dios inspira a sus siervos, en la medida de las dificultades que aquí existen, o se engañaba Pablo al exclamar: «Todo lo puedo en Cristo». El corazón humano está siempre hambriento del pan de vida, a pesar de sentir algunos viciados apetitos, que debieran ser destruidos, a veces, antes que el alma pueda saborear el gusto del pan celestial.

Victoriosos avanzan, conquistando almas para Cristo, hombres llenos del Espíritu, en todos los países de la tierra. No es esta una cuestión de enseñanza técnica, sino más bien asunto

que afecta al espíritu de la vida interior del predicador. El vuelo puede enseñarse, lo mismo que la mejor manera de correr bien, y, por medio de la práctica, podemos aprender a caminar sin cansarnos. Pero, para cambiarlo todo y realizar las tres cosas en el mismo día, sería necesario aprender a dominar nuestras propias reacciones interiores, bajo el imperio y a compás de las eventualidades y exigencias de la vida. En último análisis, es aquel algo espiritual, concedido al hombre, que no puede medirse con una regla ni pesarse en una balanza, lo que determina el poder victorioso del pastor, en todas las situaciones.

No es fácil dar una explicación racional sobre la vocación de un predicador, ni tampoco producir explicaciones lógicas acerca de sus resulta-

dos. Tanto el hombre como su obra pertenecen a un mundo que está muy por encima de las reglas de «los buenos negocios», y más allá de las consideraciones que se basan en «la seguridad ante todo».

No es tanto un mayor número de pastores evangélicos, lo que necesitamos en la América latina, cuanto una clase especial de super-pastores que realicen lo imposible, atendido que ellos mismos son humanamente inexplicables.

Un gran general francés dijo, que el buen soldado se caracteriza por estas dos virtudes: superiores «El espíritu de sacrificio y el espíritu de disciplina».

De igual manera, puede asegurarse que el ministro perfecto de Cristo se distingue en estas dos cosas: el espíri-

tu de inspiración a favor de la gran causa y el dominio de los detalles de la obra, mediante la disciplina espiritual de la tareas cotidianas. Con estas dos alas, el pastor se remonta a gran altura, dominando las rutas de su trabajo. Con ellas su espíritu alcanza el dominio del viento y de la atmósfera. Los «demonios del temor, la fatiga y el dolor», serán echados fuera y vencidos, solamente cuando el espíritu interior se eleve sobre las necesidades físicas y viva constantemente alimentado por el supremo ideal de la divina vocación.

Tres clases de Disciplina

1. Lo aparentemente penoso de los pequeños quehaceres cotidianos, tiene importancia excepcional para desta-

car una personalidad y hacerla producir esfuerzo consecutivo. Atender a los menudos quehaceres domésticos, ayudar a la esposa en el cuidado de los niños y en la cocina, hacer varias visitas, algunas de ellas no muy satisfactorias ni interesantes, escribir diversas cartas, estudiar una hora o dos el sermón del Domingo inmediato, estas cosas y otras idénticas representan, aisladas, un gran triunfo, pero tomadas en conjunto, producen maravillosos resultados, sobre todo cuando se ejecutan durante muchos años.

2. Lo trabajoso del ejercicio físico regular, no es motivo para inspirar directamente, pero guarda una relación vital con los resultados en la vida de un hombre. Un hábito de ejercicio físico, contribuye en gran manera para desarrollar una fuerza de reser-

va, que no fallará en los casos necesarios. Bibliotecas enteras se han escrito sobre la necesidad de una buena salud física en el pastor, y más tarde o más temprano, todo hombre debería aprender las reglas por las cuales puede llegar a conservar su cuerpo en buen estado de trabajo y a mantenerlo en las mejores condiciones. Desde ese punto de vista, el pastor debe interesarse en seguir las reglas del ejercicio físico a que se dedique.

3. El hábito devocional tiende con frecuencia hacia el formalismo; pero las horas regulares de oración, meditación y lectura de la Biblia constituyen el más valioso ejercicio, para disponer el alma para el buen empleo del día. Los quince minutos regulares, en tiempo normal, son de gran valía como fuerzas del alma. Es difi-

cil, a veces, poder disponer de los quince minutos; pero, de alguna manera, en alguna parte se debe procurar utilizar esa pequeña fracción de tiempo, si el mensajero del Rey tiene interés en desempeñar dignamente los negocios de su Señor.

Muchos grandes profetas, a semejanza de Daniel, han sido metódicos, hasta el punto de ser casi mecánicos, en sus devociones. Cuando un hombre se pone de rodillas tres veces cada día, con su rostro siempre en la misma dirección, podrá, quizás, llamársele formalista, pero no dudemos que es apto para mostrar gran fortaleza y carácter en determinados conflictos y emergencias.

Es asunto importante procurar alcanzar nuestro climax, y «seguir adelante», cuando los asuntos marchan

con desesperante lentitud. Puesto que el poder, para la formación de un hábito, reside en el individuo y no en su medio ambiente, no habrá seguridad de progreso espiritual sino cuando concedamos nuestro principal interés a los asuntos de primordial entidad, procurando vivir según las grandes resoluciones y formales propósitos, hechos para la regeneración de nuestra vida.

El más elevado concepto del servicio eficiente en el pastorado, se halla en aquella madurez en que, dejando a un lado toda otra ocupación, dedica toda la energía de su personalidad al desempeño de su gran misión. El joven que consagra su vida a la causa, siente que está cumpliendo con el deber que le impone su vocación, y probablemente, lo hace en la medida de

su capacidad en aquel tiempo. Empero, muchos de nosotros, en los primeros años que empleamos en campos difíciles y con circunstancias apremiantes, hemos oído el susurro interior, sugiriéndonos que, tal vez, hemos incurrido en error, entrando en el ministerio. «Seguramente algún otro podría hacer obra mejor». También ocurre que alguno se dedica al ministerio como «para hacer la prueba», durante algún tiempo, y si da buenos resultados, puede continuar. Pero si esta clase de trabajo no le entusiasma, conviene que lo abandone y haga la prueba en otra ocupación cualquiera. Nadie podrá realizar obra eficaz, mientras que se encuentre en tal estado de incertidumbre. Sólo cuando la disciplina de los años ha eliminado las reservas, produciendo

el paso firme, acompasado, que señala el fin de las fugitivas ilusiones y la desaparición de las vanas aureolas: sólo entonces aparece, ante nuestros ojos atónitos, la verdadera finalidad del servicio abnegado a que consagramos nuestra vida. El coronel Gorgas dijo haber observado, que tres causas inducían a los obreros a huir del Canal de Panamá hacia la patria. Eran éstas: la malaria, la fiebre amarilla y la tentación de abandonar la obra, conforme aumentaban las dificultades; pero que esta última producía más desaliento y fracasos que las dos anteriores juntas.

El pastor veterano, en medio de sus padecimientos, tiene compensaciones. Puede no sentir el entusiasmo, ni poseer la atracción que desarrolla el pastor joven, en los primeros ardores de

su devoción a la causa, pero posee, en cambio, aquel firme propósito y aquella rica experiencia de su consagración, que no están ya sujetos a las fluctuaciones del temperamento ni a las aberraciones de la inexperiencia.

La victoria será, finalmente, alcanzada por aquellos varones que, habiendo reputado como pérdida las cosas que para ellos eran ganancia en los años que pasaron sin progreso espiritual, lo han abandonado todo, literalmente, para dedicar el resto de su vida al cumplimiento del mandato de Jesús, yendo por todas partes a predicar la palabra de salvación.

Estos pastores abnegados han aprendido a sufrir trabajos, a levantarse con valentía haciendo frente a la vida, con santa altivez, sin lamentaciones.

Tomar las cosas como se presentan, y sacar de ellas la mayor ventaja posible, emplear cualesquiera medios, venidos del cielo, y que se hallen a mano, para lograr el deseado fin de predicar a Cristo, manejar y dominar cualquiera situación por grande que sea, este es el más glorioso cometido encomendado al pastor evangélico.





XI. EN LOS NEGOCIOS DEL MAESTRO

Para comprender la razón de los muchos fracasos sufridos en el pastorado, nos será muy útil saber cómo el pastor emplea su tiempo. Todo pastor debiera anotar, durante una semana, por lo menos, sus ocupaciones diarias; y luego, llevando esta lista al lugar de recogimiento y oración, presentarla ante el Señor, preguntándose si estará dispuesto a asistir al juicio final con ese análisis de su vida, declarando que trabajó cuanto pudo por la salvación de un mundo perdido en las pavorosas sombras del pecado.

Más de un fracaso, en la augusta misión de los pastores, es debido a la pereza. El pastor es el único árbitro para la distribución de su tiempo, sin que haya quien le llame a cuentas, si lo malgasta en bagatelas y frivolidades. Puede un pastor ser el hombre más ocupado de la sociedad y, al mismo tiempo, el más indolente; viéndose obligado a fingir que se ocupa de su misión, aparentando ser digno de los honorarios que percibe.

Un pastor norteamericano fracasaba indefectiblemente en todos sus cargos pastorales. Había pérdida de miembros en la congregación, decaimiento de interés moral y espiritual, ruina de la Escuela Dominical; y a los dos años era trasladado a otra congregación . . . para empezar de nuevo su desastroso proceder. ¿Qué es lo que

ocurría con este pastor? No carecía de habilidad, tenía buena presencia y poseía un excelente corazón. No era antipático ni repugnante. Era, sencillamente, un haragán. Se levantaba a las ocho de la mañana, cuando hacía dos horas que los miembros de su congregación estaban entregados a sus tareas; iba hasta el correo, para recoger la correspondencia; se entretenía en largas charlas con los amigos que encontraba en la calle, y así pasaba el tiempo hasta mediodía. Después del almuerzo, seesteaba durante dos horas, y luego se pasaba la tarde leyendo el diario o entretenido en algunas trivialidades; dejando trascurrir así un día y otro día, sin una sola hora de trabajo fecundo o de estudio útil. Sin embargo, este pastor se quejaba de que el obispo era injusto con él, porque

no le nombraba para los primeros puestos!! . . .

Este sujeto, como cualquiera otro que tan miserablemente malgaste su tiempo, es indigno del ministerio que desempeña. Por su falta de fidelidad merece ser clasificado entre los que hurtan, pues percibe unos honorarios que no le pertenecen, visto que no devuelve el equivalente del valor recibido, por medio del trabajo y del esfuerzo a que está obligado y que de él se espera. Este hombre no podría, en tan pésimas condiciones, desempeñar cargo alguno en el comercio. Comete un fraude y quebranta los solemnes votos que formulara ante el altar de la iglesia que le ordenó. Y no hemos de callar la siguiente observación, que con pena consignamos: que es muy grande el número de los pas-



XII. LA DIRECCION DEL SERVICIO

Algunas palabras es preciso que digamos sobre la misión del pastor en el púlpito, y como director del servicio del culto público. Tiene un sello de dignidad noble y elevada el hecho de hallarse al frente de una congregación de adoradores, dirigiendo el culto que a Dios tributan, pronunciando la oración, expresando los anhelos y las experiencias de los hermanos y alimentando, con la palabra de vida, la grey de Cristo. Este es, quizás, el acto más sublime de la misión confiada al ministro cristiano. Si el pastor desempeña este servicio, de un modo digno, adecuado a la solem-

nidad del acto, y hace efectivas las potencialidades espirituales de la situación, bien podemos decir que ha llegado a ser el sucesor moderno del sacerdocio espiritual de la primitiva iglesia.

Todo hombre capaz de comprender la importancia suma de los valores espirituales que trae entre manos, se mantendrá en una actitud digna, completamente natural, libre de todo amaneramiento artificial y exenta de toda sugestión de hinchado orgullo o arrogante altivez, en la actitud y el lenguaje. Dios ocupará al ministro exento de toda corrosiva presunción, obediente a la voz y a las inspiraciones del Espíritu del Altísimo; pero todo cuanto el hombre realice por su cuenta, inspirado por su orgullo, será un formidable obstáculo, que im-

pedirá la presencia y la obra del Espíritu de Dios. De todas las instrucciones referentes a la dirección del pastor, en el servicio, en la casa de Dios, la más importante es ésta: «Obrad con la naturalidad que poseéis, libres de toda presunción y exaltación, ajenas a vuestro carácter de pastor de almas».

Hay, no obstante, una natural dignidad, que debe emplearse en el servicio público, para la que nuestros pastores latinos demuestran mucha aptitud. Existe, también, un sentimiento fundamental de la solemnidad de esa hora empleada en el culto, que impide las distracciones y palabras disonantes, la entonación y acciones poco adecuadas al acto que se realiza.

Algunos pastores, sin embargo, no saben mantener este espíritu de ele-

vada y natural dignidad, viéndoseles, con frecuencia, atravesar rápidamente por entre la concurrencia, haciendo el trabajo propio de los ujieres, y atendiendo a diversos pormenores, que debieran hacerse antes de principiar el culto o dejarse sin hacer. En caso de que urjan ciertas atenciones, es mucho mejor suplicar a algún particular que se ocupe de proporcionar un asiento para el que llega tarde, que cierre la ventana abierta, que ponga en otro sitio una silla, que alcance un himnario o cualquiera otra cosa necesaria, a lo que todo miembro de la iglesia se prestará con gusto por ayudar al pastor.

Nada hay que consiga distraer el espíritu y romper más completamente la unión espiritual de una congregación, como ver al pastor abandonar

el púlpito, después de empezado el servicio, y comenzar a recorrer la iglesia, atendiendo a menudencias varias. Pastores hay que, cuando otro está predicando el sermón, bajan de la plataforma del púlpito y empiezan a vagar por la iglesia, durante el servicio, en una forma tal, que destruye la dignidad, solemnidad y belleza de esa hora preciosa, en toda la congregación. Hay pastores que pueden figurar como los primeros, entre las personas más desordenadas de la congregación y que exigen, sin embargo, que sus feligreses se comporten digna y ordenadamente en la casa de Dios.

Un servicio, para que alcance su más alta eficacia, debiera empezar a la hora exacta que está anunciado, seguir su curso sin interrupciones violentas ni notas discordantes, y termi-

nar dentro de un tiempo razonable. Demasiados himnos, lecturas de la Biblia demasiado largas, interminables oraciones y un sermón larguísimo, constituirán siempre un servicio capaz de aburrir a la concurrencia más paciente, y que sale de la iglesia resuelta a no volver el próximo Domingo.

No se pueden dar reglas decisivas, en este asunto, pero, en general, un sermón que no pase de treinta minutos, es muy suficiente. Tres o cuatro himnos, cuando más, y un capítulo corto o una parte de un capítulo de la Biblia, es lo suficiente para transmitir toda la verdad que la gente puede recordar, y aun, quizá mucho más.

El poder de la atención, en el hombre, es extremadamente limitado. Pocas personas pueden prestar una aten-

ción sostenida, en cualquier asunto, durante más de treinta minutos. Pasado ese término, se fatigan y es poco lo que escuchan y menos lo que retienen. Uno de los mayores desaciertos de un predicador consiste en malgastar los preciosos diez primeros minutos de su discurso, hablando de cosas inadecuadas y faltas de toda importancia, antes de comenzar la predicación del mensaje que tiene preparado. Si tiene el pastor algo importante que anunciar, anúncielo al punto, y aproveche, para la predicación, los momentos preciosos, antes de que la gente comience a fatigarse. El sermón ordinario podría producir doble efecto, si se omitiesen los primeros diez minutos y los cinco últimos. Haced la prueba y os convenceréis. Mucho mejor es predicar el mensaje

vigorosamente, mientras la congregación se encuentra en un estado mental favorable para recibirlo. Por último, conviene observar que no debe ser el pastor, seguramente, un esclavo de tales o cuales métodos o formas, hasta el punto de que se prive de cambiarlos, con el propósito de acrecentar su eficiencia como predicador.

El ideal de todo pastor al dirigir un servicio público de predicación, debiera ser procurar pasar desapercibido, procurando sublimar y engrandecer la persona de Jesu-Cristo; haciendo tan interesante el culto que cada cual se retire con el deseo de venir otra vez; tan provechoso, que los creyentes sientan hambre de más; tan apacible y atractivo, que los tristes sientan consolados su corazón y hallen regocijo y paz; tan evangélico, que los no

convertidos sientan conmovidos sus corazones, con el tierno sentimiento de la necesidad de un divino Salvador; y tan lleno, por fin, del Espíritu de Jesu-Cristo, que Dios sea glorificado y los hombres impulsados al santo anhelo de llegar a ser semejantes a Él.





XIII. EL PASTOR COMO ADMINISTRADOR

En su dignidad más elevada, el pastor debe ser un profeta, después de haberse dedicado a la predicación y al pastorado, si ha de hacer obra digna en el ministerio. Graves amonestaciones han sido lanzadas, en varias ocasiones, por aquellos que se hallan constituidos en alta autoridad, contra el peligro a que puede ser arrastrado un pastor, si se entretiene en el servicio de las mesas, perdiendo el entusiasmo espiritual que debe estar anexo a su soberana vocación.

Estas observaciones han sido, pues, necesarias, a causa de que el pastor se encuentra en una difícil posición.

puesto que debe ser, a la vez, profeta y administrador de los negocios de la iglesia. En tales casos, el hombre de Dios debe dar preferencia, siempre, a los asuntos de más vital importancia, y el mensaje del profeta debe destacarse sobre todos los demás negocios, por graves que sean, sino el manejo de los detalles y medidas y planes le servirá de muy poco.

Pero debemos observar que, casi todo gran caudillo de la vida religiosa del mundo, ha sido, al mismo tiempo, un gran administrador de los negocios de la iglesia. Pablo mismo estaba constantemente abrumado bajo el peso de las preocupaciones que las iglesias le producían, pensando, continuamente, en el arreglo de los asuntos internos, y en la mejor dirección de los hombres con quienes se ocupa-

ba. Los «obispos» de la iglesia primitiva eran administradores. Poco después de Pentecostés, bajo la explosión espontánea del comunismo cristiano, los trabajos de la administración aumentaron en tal forma, que siete varones fueron apartados y ordenados, mediante una elección sagrada, para la obra de la administración de los negocios materiales, y es importante observar que este notable acontecimiento tuvo íntima relación con el glorioso martirio de Esteban, uno de los diáconos. Dios puso su sello sobre la obra de la administración de un modo inequívoco.

Necesitamos, por todos los medios, conservar dominante la nota espiritual en la obra de la iglesia moderna, pero necesitamos también, reconocer, francamente, el lugar que la adminis-

tración debe ocupar en la órbita del pastor, y ver en qué forma puede dedicar a ella parte de sus actividades. Lutero sabía bien el modo de manejar hombres y administrar intereses. De todos los grandes predicadores, probablemente ninguno fué más fecundo, en la concepción de planes y procedimientos, que Juan Wesley. La relación de sus adaptaciones y organización de fuerzas y formación de métodos es algo tan maravilloso, cual la historia de su incomparable actividad como predicador. Fué el más grande productor de métodos de su tiempo. El epíteto de metodista se originó en la concepción de nuevos métodos, que correspondiesen a las condiciones existentes.

El secreto de una administración acertada y fecunda se encuentra en la

aplicación del evangelio de Cristo a los hombres, en las condiciones en que los encontramos. No estamos predicando a espíritus, sino a hombres, mujeres y niños en carne humana, que están viviendo en un mundo muy imperfecto. El evangelio debe ser revestido de tales formas de vida, que pueda comprenderse por aquellos con quienes estamos en relación. Asimismo los éxitos de la predicación del evangelio deben manifestarse mediante las actividades humanas sociales, industriales, domésticas, intelectuales y eclesiásticas. Para conseguir aplicaciones efectivas del mensaje cristiano, en estas manifestaciones de la actividad humana, se requiere que nos dediquemos a algo más que a pronunciar discursos. Por ejemplo, un pastor puede predicar,

durante varios meses, sobre la imperiosa necesidad de la instrucción religiosa, pero si no trabaja en el seno de las familias y no organiza una Escuela Dominical eficiente, pocos resultados se seguirán de su predicación. Muchos pastores podrían duplicar el verdadero resultado evangélico de su ministerio, prestando una atención prolija e inteligente al mejoramiento de su Escuela Dominical, lo que no podrán jamás conseguir por la sola predicación. La organización e instrucción de una buena «Liga Epworth», hará más para atraer y salvar a los jóvenes de la iglesia, que una veintena de sermones sobre la necesidad de una mayor espiritualidad en la juventud. Puede un pastor predicar, por espacio de un año, insistiendo sobre la necesidad de un edificio mejor para

la iglesia, pero, por lo regular, obtendrá magníficos resultados, si, al mismo tiempo que la predicación, organiza una activa campaña, para la recolección de los fondos necesarios para la obra. El Centenario trajo un glorioso ideal al mundo, pero, únicamente los pastores que tomaron a pechos el poner en práctica sus procedimientos, y dirigieron eficazmente sus campañas en sus iglesias, lograron resultados dignos de mención.

De todas las responsabilidades que gravitan sobre el pastor, ninguna hay mayor que la que es producida por esta doble misión de profeta y administrador eclesiástico. Y el secreto del éxito en esta doble función, hállese en la personalidad misma del pastor. No son las reglas mecánicas las que traerán el éxito. Ningún semina-

rio teológico ha sido todavía capaz de enseñar el secreto de la adaptación a estas dos grandes vocaciones. Algo extraordinario debe operarse en el alma del individuo, que le hace apto para vivir con su corazón siempre conmovido por el gran mensaje, y para ocuparse, sin descanso, en las múltiples y delicadas tareas diarias, organizando, dirigiendo, guiando, visitando a las gentes, concibiendo la obra de la iglesia y llevándola a feliz término.

Existe, desgraciadamente, en el espíritu de algunos pastores, un pensamiento erróneo, que provoca un fracaso inevitable. Cuando un pastor dice, por ejemplo: «Mi deber es predicar; los laicos son los que deben atender a todo lo demás»; podemos asegurar que, con pocas, muy pocas

excepciones, todos esos pastores son, meramente, acarreadores de concurrencia y jamás dejan tras de sí ninguna fuerza permanente, que obre con eficacia cuando de aquel punto han sido trasladados. De ordinario, los laicos están siempre dispuestos y decididos a cooperar, por su parte, al trabajo de la iglesia, pero las insinuaciones del pastor inteligente doblan el valor del trabajo de los laicos. Estimular esta buena disposición, y luego organizarla y dirigirla para que duplique el valor de lo que éstos hacen, alza el ministerio del predicador a su grado máximo de eficiencia.

La verdad es que esta obra de administración, llega a ser no una carga, sino un alto privilegio. Ser conductor de hombres es la más grande vocación de Dios para

el pastor. Ningún simple orador del púlpito puede competir, en los resultados finales, con el hombre que puede, a un tiempo, predicar un gran sermón y hacerle luego eficaz para la vida y servicio de los que lo oyen.

Todo lo cual no quiere decir que el pastor deba hacerlo todo, ni manejarlo todo, en la iglesia. Lejos de eso, los mejores administradores son aquellos que hacen lo menos, y que consiguen que otros hagan lo más. Un pastor eficaz seguía la regla de no hacer jamás él mismo aquello que podía obtener que otro lo hiciera. Costábale más trabajo conseguir que otro lo hiciera, pero también obtenía más y mejores resultados. De ningún modo debiera el pastor ser superintendente de la Escuela Dominical, profesor de la clase bíblica, director del coro, co-

brador de la lista de suscripciones y el único factótum de la iglesia. Eso no es administración, es sólo echar a perder la iglesia y reducir a sus miembros al nivel de una congregación de niños.

¿Esta administración aumenta el trabajo del pastor? Por cierto que lo aumenta. Pero para eso está colocado en ese puesto. Si cada predicador evangélico de Sud-América leyese la vida de Juan Wesley cada dos años, y le tomase como modelo, por su intensa actividad e incansable labor, veríamos cómo aumentaban los resultados en la obra de nuestras iglesias. Y si alguno necesita precedente más alto, lea los indecibles trabajos, que exceden a todo cálculo, del apóstol Pablo. Gran parte de los míseros resultados que obtenemos débense a

falta de disposición en nosotros, para despenderlo todo y ser despendidos por nuestro Maestro, quien se dió a sí mismo por nosotros.



